

# *in memoriam*

---

ELSA CECILIA FROST (1928-2005)

**E**l primero de julio de 2005 falleció en la ciudad de México Elsa Cecilia Frost, profesora de Historia de la Filosofía, discípula de José Gaos y de Antonio Gómez Robledo, estudiosa de los primeros tiempos de la Colonia en México, en particular de la evangelización franciscana y de la influencia de Joaquín de Fiore en esa construcción utópica que fue la de los albores de la Nueva España. Traductora cuidadosa y escrupulosa de numerosas obras para el Fondo de Cultura Económica, como *El pensamiento de Santo Tomás de Aquino* de F. Copleston, *Cristianismo primitivo y paideia griega* de W.W. Jaeger, *El pensamiento de los profetas* de I. Mattuk, la *Correspondencia inédita entre Maximiliano y Carlota* de K. Ratz, entre muchas otras como, también, por ejemplo, el *Diccionario de religiones* de E.R. Pike, que ella ayudó no sólo a traducir sino a adaptar al español. Para la editorial Siglo XXI, Elsa Cecilia Frost colaboró en la traducción de obras como *Cambio y continuidad entre los mayas de México* de Henri Favre, *Observaciones* de L. Wittgenstein, *Los conquistadores* de J. Lafaye y *Los judíos en México y América Central, Fe, llamas, inquisición* de S.B. Liebman. También supo traducir y anotar para el Banco de México los maravillosos *Viajes por México en los años 1845-1848* de K. B. Heller. Como editora supo presentar al público *Teatro profesional jesuita del siglo XVII* (1992) y *Testimonios del exilio* (2000), una antología con textos de Francisco Javier Alegre, Rafael de Zelis y Antonio López de Priego. Quizá el título más elocuente entre los que compiló, escribió o publicó sea *El arte de la traición o los problemas de la traducción* (1992). Era una presencia discreta y eficaz, atenta y vigilante, junto con Martí Soler, su compañero y esposo de toda la vida.

Buena discípula de José Gaos y de Antonio Gómez Robledo, Elsa Cecilia –un nombre en el que se transparenta el aire de su linaje germánico– tuvo también muchos discípulos –sólo menciono al historiador y escritor Antonio Rubial– cuyas tesis corregía y revisaba con minucia de traductora experimentada, con astucia eficaz y desde luego con visión editorial. Mujer de libros y de letras, señora de los diccionarios y de las enciclopedias, Elsa Cecilia Frost ingresó a la Academia Mexicana de la Lengua el 11 de noviembre de 2004. Para muchos fue una sorpresa caer en cuenta de que aún no estaba presente en esa corporación, pues era como si hubiese estado ahí desde hacía mucho. Era una de esas presencias discretas y generosas que son capaces de seguir la secreta marcha de la ciudad literaria sin dejar de atender la evolución de su propia música, de su propia obra, que en parte estribaba en el alumbramiento de la obra de sus discípulos y autores traducidos, al punto que se podía adivinar en ella la discreta sonrisa satisfecha de la nodriza que mira el presente con desprendimiento porque ha sabido sacrificar algo del pasado para auspiciar –y apostar– por el advenimiento de lo que –luz que llegará– todavía no es. Es autora de una obra sólida de interpretación e investigación que consta de títulos como *Las categorías de la cultura mexicana* (1972), *El milenarismo franciscano en México y el profeta Daniel* (1976), *La educación y la ilustración en Europa* (1986), *Franciscanos y mundo religioso en México*, (1993), *Este nuevo Orbe* (1996) y, en la Academia Mexicana de la Lengua, *La historia de Dios en las Indias: visión franciscana del nuevo mundo* (2002).

Su discurso de ingreso a la Academia tuvo por tema la *Rhetorica cristiana* de Juan de Valdés y su traducción por el padre Esteban Palomera (cuya silla ella ocuparía) y por otros eminentes latinistas encabezados por Tarcisio Herrera Sapién. Ese libro y sus diversas circunstancias editoriales la llevaron a tocar una cuestión que no hubiese desafinado con la filosofía de la historia trabajada por su maestro José Gaos: la de las coordenadas intelectuales o conceptuales que podrían ayudar a deslindar las preguntas en torno a la situación de México.

¿México existe realmente? Es decir: ¿existe en la realidad de las ideas? Y si es así, ¿cómo deslindar y definir esa substancia conceptual llamada México? Sin apartarse nunca de los textos claves para su exposición y resolviendo con elegancia deportiva los diversos encabalgamientos y cabos sueltos que suponía su argumentación, Elsa Cecilia Frost alcanzó a descubrir para nosotros y en nosotros una cate-

goría verbal y conceptual y definitoria de la mexicana identidad: *nepantla*, ni de aquí ni de allá pero de ambas orillas. Esa palabra indígena –*nepantla*– despierta en el oído mexicano una asociación inmediata, pues en los alrededores de un pueblo llamado así está situada la hacienda en que nació Sor Juana Inés de la Cruz, sazonado fruto de las letras barrocas en el reino de Nueva España y figura axial en el proceso de consolidación de la conciencia que de sí misma tuvo la cultura criolla hispánica asentada en las Américas. La revelación de que *nepantla* era una posible categoría para dibujar la mirada entrañada en el seno de la incipiente cultura mexicana rima con la atmósfera global de esta época nuestra que en sus artes combinatorias se ve obligada a tomar en cuenta la cantidad mestiza, el sedimento magnético que, en el mortero de la identidad, ha ido acrisolando el caudal entremezclado de las culturas, las lenguas y las sangres. Dice Elsa Cecilia Frost:

En este momento, que fue quizá el que Samuel Ramos tenía en mente al escribir su famoso libro, se produjo lo que él llamó ‘imitación extralógica’. Se negó valor a todo lo construido, material e intelectualmente, durante tres siglos en esa tierra ‘de en medio’. Se dio la espalda a lo español porque se vio como mero recubrimiento, una máscara de la que sería fácil desprenderse, pero también a lo indígena, pues, olvidado su significado, era imposible recuperarlo. Quedó reducido a un argumento para rechazar el pasado, sin que sirviera de base para el futuro.

En forma contundente, Antonio Caso (citado por Paz) caracterizó la imitación extralógica como innecesaria, superflua y contraria a la condición del imitador.

Sin embargo, fue esa ruptura lo que hizo posible que los fines políticos que se perseguían se cumplieran, cuando menos en parte, aunque para la cultura fuera un golpe tal que apenas si a más de un siglo de distancia se ve lo imposible del intento. El indio que decía estar *nepantla* sigue teniendo razón: la cultura se mueve en un terreno intermedio: ni español ni indígena, y fue la decisión de fincarla en tradiciones ajenas lo que la hizo caer en un vacío. Por ello, estas reflexiones en torno al fenómeno resultaron tan pesimistas que incluso se afirmó que México nunca pasaría de ser un reflejo de la cultura auténtica, la de los otros, cerrando así cualquier posibilidad de creación [...] El rostro auténtico de México quedó oculto bajo una máscara y quienes dieron forma oral o escrita a esa idea afirmaron que aquí, a causa de la irrupción española y del aniquilamiento de todo lo indígena, ya sólo se podría vivir una cultura inauténtica, su-

cursal, dependiente, heterónoma o colonial, según el gusto de cada autor. Fue tal la avalancha de valoraciones negativas que, como decía José Gaos, la única conclusión posible era que la originalidad de la cultura mexicana era precisamente el carecer de originalidad.<sup>1</sup>

Según el Dr. Hans-Albert Steger, decano de los iberoamericanistas europeos y amigo y maestro de Elsa Cecilia Frost, Octavio Paz habría tocado esta cuestión de *nepantla* como categoría conceptual en alguno de sus escritos sobre la autora de *El divino Narciso*. Por Martí Soler, esposo de Elsa Cecilia, me enteré de esta curiosa noticia, pues cuando estaba ella preparando el mencionado discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua buscó inútilmente en las obras del autor de *Sor Juana o las trampas de la fe* dicha referencia. Ella tenía la esperanza de que yo la encontrara pero después de una intensa búsqueda me declaré derrotado y le comenté a Martí Soler los vanos resultados de mi investigación. Tal vez Octavio Paz en alguna entrevista no recogida en sus *Obras* o en alguna conversación había aludido a ese concepto –*nepantla*– que tan bien podría definir las coordenadas espirituales de la nación mexicana. Y que la propia Elsa Cecilia Frost, mexicana de estirpe germánica, voluntaria de México y de su cultura, tanto y tan bien encarnaba.

Desde este horizonte se podrá palpar, como en el hallazgo de las piezas finales del rompecabezas, hasta qué punto incisivo lo que podría yo llamar el dominio del *garabato* –los numerosos estudios, libros y artículos escritos por Elsa Cecilia Frost– no le impedía controlar con el reojo de la buena traductora y correctora al *gato* esquivo de la historia. Gato y garabato que ella observaba y hacía observar, pues ésa es la vocación salutífera tanto del historiador –ese profeta que mira hacia atrás, como advierte Hegel citado por ella– como del lector-maestro con su caritativa y risueña ironía. Tales son algunos de los motivos que nos hacen llorar su prematura pérdida.

–Adolfo Castañón

---

<sup>1</sup> Elsa Cecilia Frost: Discurso de ingreso a la Academia Mexicana de la Lengua, 11 de noviembre de 2004, p. 6.

SAMIR KASSIR

El asesinato de Samir Kassir el 2 de junio pasado quitó a Líbano y al mundo árabe uno de sus portavoces más respetados. Editoralista de *Al-Nahar*, simbolizaba la prensa libre y el pluralismo intelectual. Historiador, profesor en el Instituto de Ciencias Políticas de la Universidad Saint Joseph de Beirut, publicó una historia de la participación de Francia en el conflicto árabe-israelí: *Itinéraires de Paris à Jérusalem* (con Faruk Mardam Bey, 1992), una *Histoire de la guerre du Liban. 1975-1982* (París, Karthala, 1994) y, también, una gran *Histoire de Beyrouth* (París, Fayard, 2002). Se opuso siempre a toda confusión entre la solidaridad con los palestinos y el antijudaísmo. En su último libro, *Considérations sur le malheur arabe* (París, Actes Sud, 2004), defendió un proyecto de sociedades árabes abiertas y democráticas. Su participación en la “primavera libanesa” fue tan positiva como lógica, y su asesinato prolonga esa “desdicha árabe” contra la cual se batió con lucidez. ❧